

hacer. La responsabilidad histórica del exilio o de la oposición del interior estaba por encima de sus fuerzas o de sus posibilidades. No está nunca de más enjuiciar, analizar o criticar posturas individuales o colectivas, y al hacerlo con el texto de Heine ante la vista no podemos por menos, a tomo pasado claro está, que deplorar la falta de agudeza política de dirigentes cuyas reacciones, hombres al fin y a la postre, tomas de posición, eran a menudo determinadas por rencillas personales, afán de liderazgo o prurito. El personalismo, esa tara tan celtíbera, malogró más de una necesaria como ineludible acción común.

**EL MARXISMO:
CONTRADICCIONES
Y
ANOMALIAS**

Miguel Porta

Alvin W. Gouldner.
Los dos marxismos.
Alianza Ed.
Madrid, 1983.

Alvin W. Gouldner es uno de los sociólogos norteamericanos contemporáneos mejor conocidos en lengua castellana que, al mismo tiempo, goza de bastante buen cartel (cosa rara por estos pagos en donde la sociología americana suele ser tachada y rechazada, a veces demasiado a la ligera, por burguesa). De Gouldner disponemos en castellano de *La crisis de la sociología occidental* (Ammortortu, 1973), *La dialéctica de la ideología y la tecnología* (Alianza, 1978), *La sociología actual: renova-*

ción y crítica (Alianza, 1979), *El futuro de los intelectuales y el ascenso de la nueva clase* (Alianza, 1980) y *Los dos marxismos*, obra de reciente aparición y a la cual vamos a referirnos.

Los dos marxismos constituye el primer volumen de una interesante trilogía dedicada al marxismo —trilogía que no se completará a causa de la prematura muerte del autor en 1980— en la que Gouldner somete a crítica la teoría marxista a partir de las tesis de la conocida como nueva filosofía de la ciencia (en especial basándose en los conceptos de paradigma, anomalía, crisis de las teorías, etc., elaborados por Kuhn, uno de los máximos representantes de la nueva epistemología).

Grosso modo diremos que para Gouldner el marxismo (el de Marx y Engels) incurre en dos tipos de contradicciones: internas y externas. Las contradicciones internas, que se derivan de los intentos de la teoría por ajustarse a su propia gramática, se traducen en la aparición de dos marxismos (el científico y el crítico) que son hasta cierto punto excluyentes pese a que los dos son parte integrante del marxismo. Dicho en otros términos; el marxismo primario contiene una «contradicción nuclear» que genera y reproduce constantemente los dos subsistemas citados: el marxismo científico (racional, gradualista, con pretensiones de cientificidad, etc.) y el marxismo crítico (ideológico, subjetivista, humanista, volcado a la práctica transformadora, etc.). Estos dos marxismos serían el producto de la «tensión nuclear» que existe en el marxismo entre determinismo y voluntarismo, entre necesidad y libertad. Conviene resaltar, nos dice Gouldner, que esta contradicción no es, en modo alguno, aparente ya

que los dos marxismos son diferenciaciones estructurales de un solo marxismo originalmente indefinido; será con el tiempo que surgirán los dos marxismos como consecuencia, en parte, del esfuerzo puesto en reducir las reales tensiones internas del marxismo original. En cualquier caso, se nos aclara, estos dos marxismos hay que entenderlos no como «objetos concretos», sino como «distinciones analíticas», «tipos ideales» o «hipótesis para un análisis». Por lo demás, y un poco en contradicción con lo dicho anteriormente, estos dos marxismos son entendidos por Gouldner como *dos* paradigmas que difieren en su epistemología, estilo de conocimiento, modo de análisis, manera de concebir y cambiar el mundo, etc.

Por su parte, las contradicciones externas, generadas por condiciones externas a la gramática, son definidas como anomalías (observaciones o supuestos que están en conflicto con expectativas derivadas de la teoría). Esto es, ciertas investigaciones o aplicaciones concretas de la teoría, así como cierta información proporcionada por la realidad son disonantes con el esquema teórico. Entre estas anomalías o problemas «prácticos» que aparecen «fuera» de la teoría y que cuestionan el paradigma marxista, Gouldner destaca las siguientes: existencia del modo de producción asiático que pone en entredicho el desarrollo unilineal de la evolución social (los famosos cinco estadios); estudios de Engels sobre la comuna primitiva que cuestionan la importancia universal de la lucha de clases; valoración positiva de la vía parlamentaria por los viejos Marx y Engels, lo que vendría a negar la inicial vía revolucionaria violenta; la autonomía del Estado constatada por Marx en *El 18 Brumario*

de Luis Bonaparte que cuestionaría la concepción clasista del Estado; la no autodestrucción del capitalismo; el triunfo de la revolución en donde no se predecía, etc.

Estas contradicciones y anomalías, afirma Gouldner, serán encubiertas y reprimidas en lugar de ser evaluadas críticamente e incorporadas a la teoría. A lo sumo se muestra o normaliza (muchas veces disfrazada) la anomalía, pero nunca está presente en el plano teórico. ¿Cómo consigue el marxismo convivir con las anomalías? Gouldner, siguiendo a Piaget, distingue en el marxismo entre la teoría explícita y los supuestos básicos subyacentes. La teoría estaría constituida por las leyes y reglas perfectamente articuladas y de cuyo uso el teórico es perfectamente consciente; los supuestos básicos subyacentes son las reglas inarticuladas, silencios teóricos y subtextos que constituyen un fondo tácito, nunca explícitamente admitido, por disonante con la teoría, que funciona a modo y manera de conciencia auxiliar. Y es que, si bien se mira, legalizar los supuestos básicos subyacentes (las anomalías) equivaldría a quebrar el paradigma originario.

El trabajo de Gouldner es de interés porque se acerca a la teoría marxista sin los lastres y prejuicios tan propios de esa pseudodisciplina que suele conocerse con el nombre de marxología y que no es otra cosa, en la mayoría de los casos, que canonización y/o dogmatismo encubiertos. Por el contrario, Gouldner, aplicando los conceptos de la nueva filosofía marxista que puede considerarse, a la vez, como una autocrítica del propio marxismo que tiene la virtud de exhibir las sombras y los silencios para así poder

reubicar la teoría e, incluso, rescatar sus aspectos productivos.

Quisiera señalar, sin embargo, lo que me parece un error de perspectiva en la crítica llevada a cabo por Gouldner. Es el siguiente: el someter a crítica la teoría marxista desde una perspectiva epistemológica lleva implícito la consideración del marxismo como ciencia, consideración que me parece de todo punto incorrecta porque el marxismo no puede ser entendido, en ningún caso, como ciencia, sino como un pensamiento acerca de la realidad capaz de proporcionarnos unos elementos susceptibles de fundamentar una práctica emancipatoria consciente (que no es poco). Entendido el marxismo desde esta perspectiva pierde bastante sentido la contradicción detectada entre marxismo científico y marxismo crítico ya que, a la postre, «ciencia» y crítica son en el pensamiento marxista las dos caras complementarias de una misma práctica. A criticar también el que el autor caiga en el error de confundir marxismo con socialismo real; en este sentido no es lícito identificar el marxismo con la URSS y atribuir al primero el calificativo de «marxismo de pesadilla» (la pesadilla sería la URSS) para, a renglón seguido, reivindicar ahistóricamente el papel progresista permanente del capitalismo y considerar al socialismo como un «experimento peligroso» que no sería sino una variante estancada y degenerada (la burocracia como clase dominante) del capitalismo. Lo dicho: la pesadilla es la URSS, no la teoría marxista. De todos modos lo sustantivo del trabajo de Gouldner (la consideración crítica de la teoría marxista) ofrece un balance positivo que no puede pasar desapercibido.

CRIMINALES O CARCELEROS

Mario Merlino

Jack Henry Abott.
En el vientre de la bestia.
Carta desde la prisión.
Introducción de Normas Mailer
Ed. Martínez Roca.
Barcelona, 1982.

Cuando Lambroso estipulaba las especies criminales por la conformación del cráneo, todo era más fácil. Cuando se daba por sentado que los negros eran seres inferiores y, por tanto, sólo podían servir como acémilas, todo era también más fácil. Qué siglo más difícil éste: ahora resulta que los actos contra natura son naturales; las mujeres, que no tenían alma y a duras penas surgían de una costillita, se han animado de repente; los negros hablan, cantan, *han producido* y siguen produciendo cultura y, si se comen a alguien, no se diferencian en mucho de la horda de caníbales blancos que —peor aún— aniquilan a sus enemigos muchas veces sin dejar rastro y —qué desperdicio— ni siquiera se nutren de ellos. Porque las guerras (sean santas, cruzadas o derechas) ya ni dejan lugar al acto de la comunicación, como aquellos indios que se comían al vencido para transustanciarse con su valor y su virilidad.

Los testimonios de Jack Henry Abbott son cartas escritas a Norman Mailer e incluyen diversas reflexiones que van desde el análisis de la